

# Polonia pasa la página «S»

**A**L espectador medio de la política internacional la caída de Lech Walesa como presidente de Polonia le pudo parecer al menos extraña. ¿Cómo es posible que el antiguo motor del sindicato «Solidaridad», héroe nacional anticomunista, se haya visto descabalgado del sillón presidencial precisamente por un antiguo miembro del partido? El autor analiza los entresijos de las últimas elecciones polacas para descubrir por qué Polonia ha pasado la página de «Solidarnosc».

Janusz Szymanczyk \*

## ¿Solidarnosc a las mazmorras?

**E**L 19 de noviembre de 1995, a la hora de cerrar las mesas electorales, el suspenso en Polonia llegaba a su apogeo. Hacia la medianoche, después de estimaciones contradictorias, el candidato poscomunista Aleksander Kwasniewski, con el 51,4 por 100 de

\* Colaborador de la revista *Etudes* (París). Por cortesía de dicha revista este artículo se publica simultáneamente en RAZÓN Y FE.

los votos, adelantaba al presidente saliente Lech Walesa, con el 48,6 por 100 de los votos. Al día siguiente, después del anuncio oficial de los resultados —51,72 por 100 de los votos para A. Kwasniewski contra el 48,28 por 100 para Walesa— una Polonia festejaba su victoria mientras que la otra se rendía a la evidencia: seis años después de la caída del antiguo régimen, el país que en el Este estuvo en la punta de lanza de la lucha anticomunista traspasaba las riendas del poder a los antiguos comunistas.

¿Cómo es posible que Polonia, que estuvo en la vanguardia de todas las luchas democráticas en el Este, que hizo caer los primeros ladrillos del muro de Berlín, cuatro años más tarde haya podido dar una amplia mayoría parlamentaria a los dos partidos salidos del antiguo sistema comunista? ¿Cómo, dos años más tarde, ha podido confiar el poder presidencial a un candidato poscomunista? Y sin embargo, después de estas elecciones, los polacos han dado prueba de su madurez política. La tasa de participación ha llegado al 68 por 100, todo un récord después del cambio de régimen en 1989. Una tal tasa de participación prueba que el voto del 19 de noviembre era una verdadera expresión de la nación.

¿Cómo se ha llegado a esto? La campaña para la segunda elección presidencial libre había arrancado mal: concurrían diecisiete candidatos. La mayor parte de ellos pertenecía a la derecha y cada uno pretendía levantar un muro frente al retorno de los comunistas. Tres se retiraron pronto. La cota de popularidad de los restantes cayó rápidamente. Los polacos no tenían ya necesidad del folclorismo demagógico a lo Tyminski. Habiendo dado un gran paso por el camino de la democracia se dividieron en dos campos. A pocos días de la primera vuelta, se pronunciaban en los sondeos por los dos «grandes» favoritos: el social-demócrata convertido del comunismo, Aleksander Kwasniewski, y el presidente saliente, el héroe de la lucha anticomunista, Lech Walesa. Este duelo entre dos personalidades fuertes, y las dos con una sólida experiencia política, ofrecía a los polacos la posibilidad e incluso la necesidad de una elección que, aunque en apariencia simple, de hecho era muy difícil. Un cara a cara que simboliza dos mundos y dos visiones contradictorias de Polonia. De nuevo los viejos demonios del pasado aparecieron en la superficie, con una fuerte polarización de las actitudes: comunistas y anticomunistas, anticlericales y buenos católicos, culpables y llenos de méritos, buenos y malos,... La focalización de los debates en la Historia y el origen político de los candidatos parecía inevitable. Al no tener que discutir los

programas, los electores se concentraron en las cuestiones que provenían más bien de la moral y de la ética que de la política.

En el fondo apenas había diferencias entre los dos candidatos mayores a la presidencia. Los dos se manifestaban partidarios de continuar con las reformas y privatizaciones. En el plano internacional, aspiraban a la adhesión de Polonia a la OTAN y a la Unión Europea. Los temas de la campaña electoral se referían principalmente a cuestiones de sociedad, como el papel de la Iglesia, el aborto, la contracepción. Una de las preguntas a las que los dos tenían que responder era saber si los antiguos comunistas se habían convertido ya en verdaderos socios en el juego democrático. Los resultados de la primera vuelta parecían anunciar el final del purgatorio político de la antigua *nomenklatura*.

La polarización de las posiciones de los dos electorados se hacía cada vez más visible, aunque también más difícil de interpretar. Después de la primera vuelta, quedó claro que la tesis según la cual A. Kwasniewski sería el candidato de todos los nostálgicos de la Polonia comunista, decepcionados por la nueva situación, era falsa. Numerosos jóvenes de menos de veinticinco años le dieron su voto. Parecía más fácil de explicar el hecho de que una buena parte de la *intelligentsia* se comprometía con el campo de Walesa, aun cuando esto no estuviese de acuerdo con su «populismo» y su «complejo de intelectuales».

## Arma de doble filo

LO que sobre todo diferenciaba los dos electorados y a los dos candidatos era la manera de interpretar la historia de antes y después de 1989. Sobre el telón de fondo de la oposición comunistas-Solidarnosc, aparecía la cuestión de la religión y de la Iglesia. Para muchos, es el elemento anticomunista el que va a prevalecer y los empuja al campo de Walesa. Pero habrá también otro que querrá defender y rehabilitar el pasado. L. Walesa jugaba con este registro del anticomunismo y ha reunido en torno a sí a todos aquellos que no podían imaginar el retorno de los comunistas. Pero esta voluntad de liquidar las cuentas del pasado asimilando todos los males del régimen comunista se ha manifestado como una espada de doble filo. Algunos electores han aprovechado esta oportunidad para pedir cuentas de su presidencia al presidente saliente.

## Héroes del pasado

LECH Walesa no ha sido nunca ni se ha mostrado un personaje neutro. Todo lo contrario. Ha suscitado siempre reacciones fuertes: positivas o negativas. Especialmente con ocasión de la campaña electoral de 1990. Es entonces cuando se le ha atribuido la imagen de hombre irresponsable, imprevisible, deseoso de poder, populista. Esta imagen lo ha perseguido a lo largo de su quinquenio, aun cuando sus actuaciones no han parecido tan «estúpidas» como se podía suponer. Para algunos, se trataba de una presidencia basada en la conspiración mafiosa, en la que Walesa había sido el jefe de la mafia que lo dirige todo a través de los servicios especiales. Para los otros, era la presidencia destructora en la que Walesa había trabajado en la destrucción sistemática de los partidos, parlamentos, gobiernos y personas, incluidos sus colaboradores fieles. Los otros subrayaban el hecho de que no ha sido capaz de generar confianza en las inspiraciones democráticas, preconizando a veces soluciones autoritarias. Para bastantes, era la presidencia de las esperanzas (decepcionadas), de las promesas no cumplidas. Se acababan los 100 millones de zloty para cada uno. Se acabaron los procesamientos de la antigua *nomenklatura*. Se acabaron las leyes de la descomunización. La iniciativa de descomunización tenía un carácter exclusivamente instrumental. Por esto se consideraba al presidente como un elemento de división y un conservador. Para otros, sin embargo, el presidente saliente era una persona buena y generosa.

El equipo de Walesa desplegaba todos sus esfuerzos para convencer a la opinión pública de que su presidencia no podía ser considerada una catástrofe. Se esforzaba por demostrar que la «Guerra en la cumbre» de 1990 estaba en el origen de todos los resentimientos contra Walesa. Subrayaban la importancia de Walesa en lo relacionado con la posición de Polonia en el escenario internacional. A pesar de la erosión visible de su popularidad, especialmente en Europa Occidental, durante bastante tiempo Walesa seguiría siendo un negociador muy valioso en los casos difíciles. Sería una baza imprescindible para Polonia. Como prueba de su éxito en política internacional, se evocaba el hecho de que ninguna formación política cuestionaba lo bien fundamentadas que estaban las acciones de Walesa en ese dominio. En cuanto a la cuestión de saber si, en este período extraordinario y aprovechando una coyuntura tan favorable

para Polonia, se podría hacer más y jugar un papel más importante en la zona, en realidad debería ser materia de un examen de conciencia que tendría que hacer toda la clase política polaca. Catalizador en los momentos de desánimo, Walesa sería un elemento de estabilidad en los momentos de inestabilidad política parlamentaria y gubernamental.

En opinión de Janina Paradowska, L. Walesa (si se le veía, no si se le escuchaba) no era un presidente irresponsable aunque era imprevisible. «Un hábil táctico, no un estratega. Se le ha reprochado muy a menudo la ausencia de la dimensión estratégica en la presidencia, la acomodación de las etapas al juego político de cada día, el presidente debe reaccionar de manera adecuada a las situaciones, estabilizar el país en los momentos difíciles, pero su papel principal consiste en tener prioridades y presentar una visión del país en la que todos trabajen para hacerla realidad. La de Walesa ha quedado enredada en el caos de sus palabras, en sus intrigas de corte, en la fragilidad de sus colaboradores. Por ello se ha sospechado que no tenía opiniones políticas propias. Se creía que sus ideas eran el resultado del encuentro de diferentes tendencias, de pragmatismo (según algunos, de cinismo), y del deseo de ampliar su poder». («La roi lion», *Polityka*, n. 47 (2012), 25 nov. 1995).

## Autoritario y solo

**L**ECH Walesa tiene una clara predilección por el lenguaje popular y por el «yo». Este pronombre personal, tan irritante para la mayor parte de sus interlocutores, representa en sus discursos el signo de autoritarismo. Deja traslucir también su aislamiento político. Es su talón de Aquiles.

Este Premio Nobel de la Paz 1983 se consideraba el primero de los demócratas y, con la fuerza de su posición y de su carácter, actuaba a veces en contra de la democracia. Se presentó a la reelección con todo este bagaje, enriquecido por su estrecha vinculación con la Iglesia. ¡Había tanta animosidad, tantos rencores, y sin embargo era la tabla de salvación y barrera contra los viejos demonios rojos! Este héroe de ayer, con su imagen oscurecida, se ha visto obligado al fin a pasar la página gloriosa y volver, tal vez, a la sombra y a su pequeño taller del astillero de Gdansk. ¿Sabrá hacerlo y volverá a recuperar la imagen histórica de un obrero electricista con bigote?

## «Elijamos el futuro»

¿Quién es el que ha conseguido destronar a L. Walesa? Es, desde luego, el pueblo polaco, aun cuando se haya dejado seducir o atrapar por algún otro. Se trata de A. Kwasniewski, el hombre del antiguo régimen comunista. Su pasado es el de un hombre joven de Gdansk que, al final de los años 70, eligió el camino de un *apparatchik*. Niega haber sido comunista. Tal vez fue únicamente su pragmatismo lo que le impulsó a entrar por ese camino. Fue redactor-jefe del periódico *Bandera de los jóvenes*. En 1985, llegó a ser ministro de la Juventud. Parece que encarnaba el rostro liberal del régimen: deportista, con dominio del inglés, y vestido con americana cruzada. Tomaba asiento en la «tabla redonda» de 1989, al lado del general Jaruzelski. De ese pasado sin gloria ha sabido sacar su fuerza. Prefiere eludirlo aunque no lo rechaza y hasta llega a la afirmación siguiente: «Entre todos hemos construido la Polonia actual».

«Elijamos el futuro». Tal vez, gracias a esta decisión, A. Kwasniewski, de un pasado tan oneroso, ha logrado hacerse elegir presidente de la *Res Publica* de Polonia. Es toda una antítesis de Walesa. Siempre cuidadoso de su imagen, bronceado, fotografiado acompañado de su mujer, encarna un cierto éxito no desprovisto de cinismo. Pero es precisamente esta audacia de creer en el triunfo, después de un pasado en la sombra largo y humillante, lo que parece haber conquistado los corazones de los polacos, cansados y agotados de sus mitos del pasado. Para neutralizar el miedo al «peligro rojo», A. Kwasniewski desarrolla el tema del anticlericalismo y juega la carta del probable «peligro negro». Promete la lucha contra los privilegios del clero y de la Iglesia, lo cual ha convencido a la opinión pública, exasperada por las injerencias de la Iglesia en todos los campos.

«Elijamos el futuro» es también elegir un porvenir económico mejor, un esfuerzo continuado para mantener el crecimiento. A. Kwasniewski con mucha habilidad ha sabido atribuir a los partidos de la izquierda que estaban en el poder el mérito del crecimiento que Polonia viene conociendo ya desde hace tres años, aun sabiendo que la descomposición económica era el fruto de la «terapia de choque» llevada a cabo por los gobiernos de *Solidarnosc* al comienzo de los años 90.

A. Kwasniewski ha jugado la carta de la modernidad. Frente a su imagen de un político, joven y moderno, L. Walesa aparecía desajustado,

primitivo, rudo, a veces hasta brutal, especialmente en los debates directos en televisión. En adelante el voto se orientaba contra Walesa y contra una cierta arrogancia de la Iglesia, rechazada incluso por una parte de su electorado potencial. Piadosos aldeanos, a la salida de la misa, han votado a A. Kwasniewski, infligiendo así una humillación a la Iglesia.

## Amnesia con respecto al comunismo

FUE una amarga lección para todos cuantos se sentían y son los creadores de la Polonia democrática, como A. Michnik: «Los héroes están cansados... Habíamos ganado y somos los patriotas. Nos hacía falta asumir el milagro de nuestra victoria en 1989, asumir responsabilidades y precisamente porque hemos sido capaces de crear lo irreversible ya no hay retorno posible al comunismo» (Bernard Guetta: «La défaite des héros», *Le Nouvel Observateur*, 16 noviembre 1995). ¿Qué ha quedado de *Solidarnosc*? Se ha vuelto la página. El tiempo de «S» parece cumplido. Ha ganado la guerra: ya no hay dictadura comunista ni tropas soviéticas en Polonia. El debate se focaliza actualmente sobre la manera de organizar este espacio de libertad. Y es ahí donde comienzan las divisiones en el seno de *Solidarnosc*. Y aparecen ahí fuerzas políticas nuevas, especialmente post o neo-comunistas. Pero, ¿cómo se puede comprender este retorno democrático de la antigua *nomenklatura* dictatorial? Aparentemente a los polacos les ha afectado una amnesia, singular y compleja, con respecto al comunismo. Proviene de la naturaleza de la censura entre el antiguo y el nuevo régimen. El traspaso de poderes se ha realizado pacíficamente. Los personajes de la *nomenklatura* «se capitalizan» y se convierten en una elite tecnocrática y competente. Si se ha podido trazar una línea de separación con el pasado ha sido gracias al buen hacer de la oposición (Mazowiecki, Geremek). Las causas de su retorno son aún más profundas. El comunismo ha conseguido hacer plausible la idea de que él había sido un vector y un factor de identificación generacional. *Solidarnosc*, el portavoz de los obreros en su lucha contra el Estado-patrón y el capitalismo salvaje, convertido después en una organización político-sindical, ha visto cómo se quedaba sin la confianza del mundo obrero, el cual se vuelve hacia el antiguo partido comunista, convertido a su vez en una organización socialdemócrata. «Elijamos el porvenir» decía A. Kwasniewski, ya que la elección no se plantea

entre *Solidarnosc* y el comunismo sino entre el progreso y la competencia por una parte y sus contrarios por la otra.

Se acaba de pasar una página de la historia de la Europa poscomunista. Se piense como sea, L. Walesa quedará como aquel que se atrevió a lo imposible. Llevado por todo un pueblo hacia la victoria, quince años más tarde se retira, vencido en nombre precisamente de aquella causa por la cual tanto había combatido: la democracia. Una amarga derrota. Los héroes del anticomunismo han cedido su sitio a los antiguos *apparatchiks*, que hacen pasar esta vanguardia democrática por delante de los hombres del pasado.

### Decepción de los polacos

LA investidura de A. Kwasniewski se ha realizado en una atmósfera mitigada. La mentira sobre sus méritos universitarios, la duda acerca de su patrimonio y el de su mujer y, por fin, el asunto Oleksy, Primer Ministro de Polonia de quien se sospecha que colaboró con la KGB, son un comienzo nada bueno para alguien que tan hábilmente ha sabido ocultar su «pecado original», a saber, su pertenencia a la *nomenklatura* en los tiempos de las «gafas negras». ¿Son éstos los viejos demonios de nuestro pasado que amenazan nuestro presente?